

Revista Ensamblés Otoño 2018, año 4, n.8, pp. 15-32
ISSN 2422-5541 [online] ISSN 2422-5444 [impresa]

“Somos los chicos”: Una mirada a la experiencia infantil urbana desde las edades

María Celeste Hernández*

RESUMEN: Este artículo reflexiona sobre los procesos de producción de la experiencia infantil poniendo de relevancia un abordaje situado y relacional que contemple el clivaje etario. Desde una etnografía realizada con niñas y niños que viven en condiciones de pobreza en un barrio periférico de la Plata, Provincia de Buenos Aires, Argentina, se propone analizar el procesamiento social de las edades y los modos en que se organiza el sistema de clasificaciones que incluye –y configura– a la infancia como grado de edad. Ahondar en estas matrices de sentido donde se articulan las experiencias infantiles –en relación– permitirá aproximarnos a dos interrogantes fundantes e ineludibles de nuestra investigación: quiénes eran niños y qué implicaba serlo.

Palabras claves: experiencia infantil, infancias, edades.

ABSTRACT: This article reflects on the process of production of children's experience and highlights a situated and relational perspective that takes account of age. The geographical location researched for this study was a neighborhood in the city of La Plata (Buenos Aires province), Argentina. There was carried on an ethnography with children living in poverty. The objective is to analyze the sociocultural processing of age and the age group classifications that structure the relationships among those living in the same neighborhood. The framework in which childhood is included and defined as an age grade is also presented. This study will look into detail at childhood conceptualizations from the array of meanings of those interacting with children in daily lives. Then, two questions will be answered: Who were children and what was the meaning of being a child.

Keywords: childhood experience, childhoods, age.

1. Presentación

Darío¹ (8)²: Dale grabá!

René (10): Y qué grabo?

Darío: Cualquier cosa, dónde vivimos

René: Vivimos en 600, me llamo René, tengo 10 años, yo tengo un hermano que se llama Darío, Leandro, Carolina y Yésica una bebe, un nene de 2 años, uno de 7. Yo me llamo René, voy a 5°C, soy del B.M.

Fragmento de diario de campo

El grabador de voz circulaba entre un grupo de niños que se incentivaban a dejar allí sus registros³. Cuando fue el turno, René mencionó cómo le gustaba que la llamaran, aludió a los integrantes de su familia, al grado escolar al que asistía y se ubicó en el espacio urbano poniendo de relevancia la dimensión territorial y su identidad barrial con el “B.M.”⁴, como llamaban al barrio El Mate.

De este modo, en sus presentaciones de sí, los niños hacían una selección de aquellos ejes que los posicionaban socialmente. Y entre otros clivajes, se situaban teniendo en cuenta su edad cronológica, ubicándose en un modo de organizar las edades.

La infancia de René y otros niños con los que trabajamos⁵ se moldeaba en esa configuración y desde la perspectiva antropológica adoptada, abría paso a dos preguntas tan fundantes como ineludibles en una pesquisa que se interrogaba por la experiencia urbana infantil⁶: ¿Quiénes eran niños? y ¿qué implicaba serlo desde la posición social que ocupaban?

La infancia como producto histórico-social y por tanto su forma plural *infancias* para visibilizar la heterogeneidad de representaciones y prácticas que se evidencian en torno a ser niño constituye una perspectiva consensuada en las ciencias sociales para el abordaje de este momento de la vida y de quienes lo transitan (Szulc, 2006; Diker, 2009). Con este punto de partida, proponemos analizar la experiencia de infancia de un grupo de niños y niñas a partir de las relaciones que encarnan y la hacen posible. Sostenemos que sólo en relación con otros, pares, mayores o menores, ellos son niños; y que su infancia, como momento de la vida que habilita esa experiencia, cobra sentido a la luz de otros –y en las tensiones que se establecen entre– grados de edad. Por eso, un abordaje desde el clivaje etario se vuelve sugerente o, más bien, imprescindible.

El foco en este artículo se pondrá entonces en la edad, es decir, abordaremos los atravesamientos que configuran la experiencia infantil centrando la mirada en la dimensión etaria. Y aquí nuevamente, si la edad es una construcción social, entonces cabe el interrogante por el tratamiento que hacen de las edades las personas con las que realizamos nuestra investigación o, de otro modo, cómo ocurre en este tiempo y espacio el procesamiento social de las edades (Chaves, 2010).

Desde un abordaje etnográfico, buscamos analizar ese proceso complejo y multifacético a partir de las acciones cotidianas, de las tramas de relaciones –y sentidos– que se forjan en determinados espacios⁷. Así es que desde una mirada de *cerca* y de *dentro* (Magnani, 2002) nos preguntamos por los modos en que se organiza el sistema de edades que incluye a la infancia como *grado de edad*⁸, y por las maneras

en que esa clasificación ordena, genera estereotipos, forja expectativas y define prácticas. Nos interrogamos por los modos de relación que ese ordenamiento propone y las moralidades que allí se forjan. Así como por las maneras en que los chicos y chicas transitan, modelan y/o tensionan esos ordenamientos.

Desandaremos esa trama desde la posición urbana –y social– que ocupan nuestros interlocutores. En el primer apartado de este trabajo mostraremos entonces el barrio desde la perspectiva etnográfica adoptada. Así anclados, presentaremos una clasificación social de las edades que ordena las relaciones entre quienes la transitan para en el apartado siguiente ahondar en la dinámica relacional y situada que caracteriza el posicionamiento etario. A continuación el foco se pondrá en la infancia y los sentidos en tensión que atraviesan y habilitan las experiencias de los niños y niñas con quienes trabajamos. Finalmente, la apuesta en el cierre es entrelazar los elementos presentados para dar respuesta a los interrogantes esbozados en torno a quiénes eran niños y qué implicaba serlo en la intersección de los clivajes de clase y edad.

2. Ubicación socio-urbana: El Barrio El Mate

Salir del planificado cuadrado fundacional de La Plata. Pasar la avenida de circunvalación que hace de límite jurisdiccional para encontrarse en el “afuera” que figuran las representaciones hegemónicas de La Plata (Segura, 2010)⁹. Recorrer 30 cuadras y llegar al Barrio El Mate. Dirigirse hacia el “fondo”, es decir, alejarse de las principales avenidas que unen esta zona con el centro histórico, implica deambular por una zona caracterizada, principalmente, por su marcada heterogeneidad y desigualdad en términos socio-urbanos.

El barrio El Mate forma parte del Centro Comunal Villa Elvira, uno de los 19 que conforman el Partido de La Plata. Según los datos censales disponibles para el momento de la investigación¹⁰, Villa Elvira alojaba la mayor cantidad de habitantes del partido luego del Casco (que comprende el cuadrado fundacional de la ciudad) y mostraba un panorama de peores condiciones socioeconómicas, incluso por debajo del promedio del partido¹¹. Estos datos, si bien no son específicos, son útiles para describir sucintamente Villa Elvira en el contexto de la región y presentar las desigualdades que caracterizan al partido.

Desde la aproximación socio-antropológica adoptada, caracterizar la zona como heterogénea posibilita evidenciar el contraste con otras zonas urbanas donde la geografía pareciera superponerse de modo más lineal a la posición de sus habitantes en el espacio social (Bourdieu, 1990). En El Mate, calles de asfalto y de tierra se entrecruzan dejando entre ellas algunos predios baldíos. Encontramos en la misma cuadra viviendas “de material”, que se erigen a continuación de edificaciones más inestables y casas de madera de un solo ambiente, junto a chalets en dos plantas con garaje que son monitoreados por empresas privadas de seguridad. Muchas viviendas son autoconstruidas y permanecen por años en proceso de construcción. La infraestructura de servicios (agua, electricidad, gas, televisión por cable) se distribuye por la zona sin planificación, siendo desigual su disponibilidad y calidad dependiendo de si se trataba de conexiones realizadas por las empresas responsables o por los propios usuarios.

Quienes habitaban esas cuerdas heterogéneas, se encontraban socialmente distantes a pesar de los pocos metros que los separaban en la geografía. Estas distancias, no sólo se trazaban sobre el eje urbano en intersección con la clase social sino, como expusimos en otra oportunidad, emergía en el atravesamiento con los clivajes de nacionalidad, género y edad que incorporaba la experiencia espacial a esa configuración producto y productora de relaciones de desigualdad (Hernández, 2017).

Los niños y niñas con quienes realizamos nuestra investigación pertenecían a los sectores más pobres de El Mate y si bien su experiencia urbana difería según la posición social ocupada, la vida en condiciones de pobreza daba lugar a modos compartidos de *habitar* la ciudad entre estos niños¹² (Hernández et. al., 2015; Hernández, 2016). Desde esos trazos en la geografía que habilitaban relaciones con ciertas personas e instituciones es que se forjó nuestra pesquisa.

Fue caminando junto a un grupo de niños que vivían en El Mate que conocí los lugares, ubicados mayormente en el barrio, donde transitaban sus infancias¹³. A partir de ese andar compartido, recopilé los innumerables fragmentos de la vida social “minados de contradicciones y ambivalencias” (Fonseca, 2004:2) que nuestra investigación reúne en un nuevo arreglo otorgándoles una inteligibilidad que es de propia autoría (Magnani, 2001)¹⁴.

En los tiempos y espacios compartidos con los niños, las conversaciones informales constituyeron nuestro principal registro. La charla que se transcribe al inicio de este trabajo es uno de esos pasajes en que el sistema de edades se puso en palabras. “Bebé” y “nene”, los vocablos empleados aquella tarde por René para contarnos de sus hermanos, son algunas de las categorías que ordenan a las personas en función de su edad. A este sistema de clasificaciones etarias dedicamos el próximo apartado.

3. Un sistema de clasificaciones basado en la edad

El ordenamiento de las personas en base a un criterio etario emergía con frecuencia en situaciones compartidas con los niños. Las clasificaciones se enunciaban por ejemplo durante las mañanas en una ONG¹⁵ cuando mientras tomaban el desayuno, los chicos solían tener algo que contar: “¡No, esa no! La más chiquitita, la bebé” me explicaba Mili (7) con la palma hacia el suelo, para diferenciarme entre sus dos hermanas menores (una de dos años de edad y la otra de casi uno). Entre otros temas algún niño reclamaba que no le daban permiso para ir solo a la plaza en cambio “con mi hermano, el que venía antes, que ya egresó, ¿viste? Con él sí puedo ir”¹⁶, o una niña mostraba orgullosa a sus compañeras: “¿Sabías que yo soy tía? tengo dos sobrinos, uno ya es grande, más que yo”. De este modo los niños se ubicaban en un sistema de alteridades basado en la edad¹⁷ que distingue a “los chiquitos”, niños, adolescentes y jóvenes, adultos y “viejos”. Presentaremos sucintamente cada una de estas categorías según eran usadas y ordenaban las relaciones entre los habitantes de El Mate¹⁸:

- “Los chiquitos”

Esta categoría se empleaba para nombrar a quienes transitaban los primeros años de vida. En ellos se reconocía la mayor dependencia y esa posición involucraba

en la cadena de cuidados (que se extremaban en este momento) a quienes relativamente eran reconocidos, y se reconocían a sí mismos en ese vínculo como “más grandes”. En el lugar de “bebés” y “nenes” que esta categoría englobaba, se condensaban las manifestaciones cariñosas del cuerpo. “Nena” o “nene” se empleaban para aquellas niñas y niños pequeños en años y textura física y que habían dejado de ser “bebés”, pero aún precisaban estar bajo la mirada cuidadora de alguien mayor. “Bebés” y “nenas/es” eran quienes tenían la posibilidad de asistir o asistían a la “Casita de los bebés” y/o al Jardín de Infantes¹⁹ y estas instituciones a su vez, participaban en la delimitación de las categorías.

- Niñas, niños o chicas y chicos

Desde los cinco o seis años aproximadamente, chicas y chicos “andaban” solos por su cuadra, en ese ejercicio iban ganando autonomía y ya no se consideraban, ni refería a ellos como “nenes”²⁰. Si bien el juego era compartido con los más pequeños como una actividad asociada al momento de la vida que transitaban, “niñas/os” o “chicas/os” podían “callejear”²¹ solos o entre pares. Además de contar con independencia para resolver situaciones que los involucraban o tomar determinadas decisiones, los niños asumían responsabilidades en su hogar que podían comprender el cuidado de otros, la realización de tareas domésticas o el aprovisionamiento de alimento. La Escuela Primaria y/o la “Casita de los niños”, ya sea que asistieran o tuvieran las edades cronológicas previstas para hacerlo, funcionaban como marcadores de esta categoría.

- Adolescentes y jóvenes

Se clasifica aquí a quienes ya no eran niños, pero aún no eran “grandes”. Los cambios corporales de la pubertad y la preocupación por la presentación personal (apariencia), la sexualidad o las prácticas de seducción se constituían en actividades o acontecimientos que puntuaban cambios en la ubicación etaria de las personas. Las marcas de género cobraban mayor visibilidad en este momento reforzando en buena medida estereotipos femeninos y masculinos (Morgade, 2001; Artiñano 2013). Asistir a la escuela secundaria o estar en condiciones de hacerlo por haber finalizado la primaria vinculaba a las personas a esta categoría y para quienes participaban de la ONG “egresar” de la Casa de los Niños, o “pasar” a la Casa de los jóvenes operaba de manera semejante.

- Adultos y “viejos”

Se clasificaba con esta categoría a quienes tenían una mayor edad cronológica. El tener hijos y trabajar eran dos características que modificaban la cotidianeidad de los jóvenes, quienes señalaban cambios contrastantes cuando el cuidado de los propios bebés y niños y el sustento de un hogar se incorporaban a sus responsabilidades. Si además se pasaba a convivir en pareja los cambios en la vida de los jóvenes eran más marcados²². El género solía ordenar de modo contrastante las actividades y deberes de quienes eran adultas y adultos, siendo las mujeres (principalmente las que no tenían empleo) las que permanecían más tiempo en sus hogares realizando las tareas domésticas y ocupándose de las prácticas de cuidado.

La categoría “viejo” se asociaba muchas veces al fin de la vida laboral que tenía lugar cuando “el cuerpo ya está viejo” y no se encontraba en condiciones para trabajos que en la mayoría de los casos requerían de esfuerzos físicos (como las tareas de limpieza o en la construcción, que eran los principales empleos entre las mujeres y hombres respectivamente). Personas de entre 45 y 50 años eran consideradas “viejas”²³.

En conjunto, estas categorías eran empleadas por las personas con que trabajamos para posicionar a otros y a la vez ubicarse a sí mismos. Al hacerlo, se ponían en juego los significados y moralidades asociados a cada una y se trazaban fronteras, así como establecían formas de relación. Desde una perspectiva diacrónica, estas categorías se presentan como momentos sucesivos en el curso de vida. Si bien en el recorrido trazado pueden reconocerse puntos de inflexión o hitos que marcan pasajes en las trayectorias vitales (por ejemplo el ingreso a un nuevo nivel educativo, o el “egreso” de alguno de los centros de día), advertimos otras maneras, no necesariamente opuestas o conflictivas con estas, en que las personas se posicionan en consideración del atravesamiento etario, señalando movimientos en su ubicación que pueden ser reversibles o menos lineales²⁴.

4. El carácter relacional y situado de la edad

Podemos señalar momentos donde los niños ubicados por otros en una posición de edad se desmarcaban. Daniela (11) por ejemplo, situándose a sí misma, se había negado a ir a la plaza con un grupo de niños aduciendo que ya era “grande para esas cosas”. De este modo marcaba su lugar tomando distancia de las prácticas que caracterizaban a quienes eran menores y se ubicaba a sí misma señalándose mayor. Luego podía pasar que en otro ámbito ocupara la posición “rechazada” en este caso, como advertimos con René (10). Cuando estaba en la “Casa de los niños” junto a algún educador o en su propia casa con su madre, la niña demandaba atención o pedía ayuda requiriendo cuidados de sus mayores. Estas actitudes no tenían lugar cuando ella quedaba al cuidado de sus hermanos y primos más chicos, a quienes daba advertencias o retaba como los adultos hacían con ella. Así, dependiendo de las relaciones y situaciones en que se encontraba, la niña buscaba ser cuidada o cuidar, según un ordenamiento que ubicaba a los menores en el primero de estos roles.

Como mencionamos anteriormente, la edad es una categoría no solo relacional sino además situada en un contexto. Por eso su abordaje en cada caso consistirá en el estudio de las formas en que una sociedad estructura el ciclo vital (la “construcción sociocultural de las edades”) tanto como el análisis de los modos en que la cultura es producida generacionalmente (Feixa, 1998). Esta construcción forjada desde las posiciones etarias establece marcas que funcionarán como anclajes identitarios.

Reparemos en algunos fragmentos etnográficos más. Bruno (9) no tenía permiso para hacerse un piercing como tenía su hermano de 15 años, pero buscando acercarse a esa estética, el niño se pegaba en distintos lugares de la cara una especie de aros de papel que los imitaba. Una tarde Ángel (14) llevó a su hermano menor a una actividad en la “Casa de los niños” a donde ingresaron igualmente peinados con gel hacia delante, el pequeño mostraba orgulloso cómo lo había acicalado su hermano

acorde a su criterio estético juvenil. Identificamos otros ejemplos, cuando desde pequeñas las niñas “se aprendían” las letras y pasos de baile de las canciones de moda que escuchaban los adolescentes. La estética de los niños mayores que comenzaban a preocuparse por su aspecto se asemejaba a la de muchos jóvenes del barrio. Este cuidado de la apariencia es uno de los elementos que muestra la transición hacia un nuevo enclasmiento en el sistema de edades, no solo por empezar a ocuparse uno mismo del propio cuerpo y su presentación, sino por la búsqueda de estéticas “de más grandes” con las cuales señalaban su cambiante posición etaria, identificándose con ellos.

Así como se dejaba de ser “chiquito” adquiriendo habilidades e intereses, ganando permisos e independencia, obteniendo la posibilidad de transitar otros espacios y relaciones o asumiendo responsabilidades, algo semejante ocurría cuando se iba dejando de ser niño. Nuevos roles se desempeñaban en la relación con otros, reconociendo diferencias o semejanzas que buscaban imitarse siguiendo a los mayores, o contrastarse respecto de pares o menores.

Las personas en el barrio verifican su crecimiento al cumplir años aunque por las condiciones de pobreza los festejos eran mucho más escasos y sobre todo distintos a los de otros sectores sociales. Pero además de la acumulación de tiempo que muestra el avance en el curso de la vida, el crecer puede leerse en la apropiación –tanto como en el abandono o modificación– de las prácticas y sentidos de los mayores, quienes también crecen al incorporar a su experiencia la cuestión de que alguien dependa de ellos.

Si bien como mostramos, la vida mirada desde la edad se presenta como etapas sucesivas, la perspectiva etnográfica adoptada visibilizó algunas dinámicas en las que interesa detenernos. Por un lado, que las trayectorias de las personas no se presentan con la linealidad prevista, ni se verifican en ellas pasajes absolutos entre grupos de edad. Y por otro lado, que esto no implica desconocer la persistencia y efectividad de las categorías etarias. Así, las personas van dejando de ser niños o empiezan a manifestar intereses compartidos por los jóvenes sin que pueda señalarse en este devenir un límite que marque una discontinuidad. Y sin embargo se deja de ser niño porque de unas u otras maneras los modos de ver, hacer y sentir de las personas situadas socialmente se modifican vinculando– y tensionando– aquellos sentidos articulados para el momento de la vida en que se encuentran.

La edad se presenta así como un campo que articula a las personas creciendo y que se produce en el diálogo con una amplia gama de sentidos en tensión. Esos sentidos no son infinitos ni intercambiables, sino que dan cuenta de la posición social ocupada en un tiempo y espacio concretos, con que se suturan las identidades (Briones, 2006; Hall, 2003).

Haciendo foco en la infancia, el interrogante que nos guía es por el lugar social que se construye en esta forma de ordenar y clasificar las edades. La pregunta es por aquellos sentidos sobre este grado de edad, que articulados de cierta manera, habilitan unas experiencias para los niños y niñas que las viven.

5. ¿Una infancia? Sentidos en tensión

En la lógica segmentaria que opera clasificando a las personas, la infancia se delimita en contraste con la adolescencia y juventud, siendo niños todas las personas consideradas menores, que aún no pertenecen a esos grados de edad. Como vimos, no era la edad medida en años calendarios la que señalaba la identidad infantil, aunque no negamos su efectividad en una cotidianeidad en que ese dato estaba siempre presente ya sea en las valoraciones de los vecinos y parientes, la gradualidad escolar, las Casitas, o la pluralidad de formularios que la preguntaban en forma de casillero a completar. A la edad cronológica, que resulta muchas veces un criterio preminente de ordenamiento, se yuxtaponen múltiples sentidos que no en pocas oportunidades tensionan aquella correspondencia entre años de vida y modos “normales” o “ade-cuados” de vivirlos. En este apartado centraremos la atención en esa matriz de representaciones en que se genera un lugar social de la infancia a partir del análisis de algunos de sus componentes.

Nos detendremos ahora en tres modos de representar esta etapa de la vida sistematizados en nuestra investigación²⁵. Escogimos enfocarnos en ellos porque informan respecto de una concepción hegemónica de infancia en el barrio –aunque no exclusivamente–. Hacia el final de la sección repararemos en sus características al tiempo que daremos cuenta de un conjunto de tensiones que la atraviesan:

La infancia que no se tuvo o fue poca o intermitente

“Yo no tuve mucha infancia” respondió Griselda (28) mamá de cinco niños, a mi pregunta por su pasado y así cerró nuestra conversación de esa tarde. Una y otra vez la infancia como algo que no se había tenido y que –en parte por eso–, se deseaba para los hijos, era expresado por las mamás. Aquella ausencia de infancia se repetía en la historia de Mirta (31), una de sus hermanas:

C: ¿Y te acordás cuando eras chica?

M: Cuando era chica, muy poco, tuve una vida muy... no sé, muy amargada para recordarla.

¿Qué manera de ser niñas no fueron? Hablando de este momento de su vida a mediados de la década de 1990, relataron que la familia numerosa era “sostenida” por los hermanos mayores que “salían a pedir” porque sus padres estuvieron muchos años desempleados y manifestaban críticas a ese acontecer. Tales cuestionamientos dejan entrever una noción de infancia donde es central el rol de los padres como adultos cuidadores. Desde su perspectiva, la crianza de los niños dependería de ellos y en sus acciones se modelaría la infancia tanto como la futura adultez de los hijos.

En los relatos de otros adultos, la pobreza emergía igualmente marcando la vida de las personas y sometiéndolas a formas de sufrimiento que eran rechazadas pero que no necesariamente impedían la infancia por completo. Sabina (29) tenía una copa de leche y los niños que iban a buscar la merienda le recordaban su propia niñez. Al igual que los “chicos que vienen a buscar la leche” ella iba a la escuela, y este dato cobraba relevancia en consideración del lugar que tenía la institución escolar en la institucionalización del curso de la vida en el barrio.

Los recuerdos de estas mujeres dan cuenta de una reflexión sobre su experiencia infantil que se adjetiva desde el presente. La infancia remite en ellas a una forma de vivirla en que los aspectos que la definen –juego, educación, vida con los padres, no pobreza– no condicen con su tránsito por esa etapa vital, por ello niegan su experiencia etaria infantil como infancia, o dicen haberla experimentado parcialmente.

La concepción modélica de la infancia usada para leer su pasado es la misma que utilizan para mirar las infancias en el presente. Desde su experiencia pretérita las mujeres se posicionaban como madres, y enunciaban deseos y anhelos de infancia en relación a sus hijos.

No me acuerdo..., porque no..., no tuve mucha infancia... Entonces yo a ellos los dejo. Los dejo que hagan porque, me gusta que ellos se acuerden después de cosas lindas, porque son cosas lindas, que jueguen, que vayan, vengan (Griselda, 28 años).

También se anhelaba que niños y niñas recibieran educación y con ella que alcanzaran mejores condiciones de vida, vale decir, que no les falte alimento ni ropa o que puedan salir a pasear en familia. También querían que sus hijos se dedicaran a jugar y que no asumieran responsabilidades que según entendían, les correspondían a los adultos como eran las tareas vinculadas a la crianza de los más pequeños, y a resolver necesidades. Las experiencias infantiles posibles desde el extremo negativo de las relaciones de desigualdad social no eran avaladas como experiencias válidas de infancia. Lo que las madres y vecinas nos explicaban con sus vidas y las de sus hijos es que la niñez en contextos de pobreza se vivía “sin infancia” o “con poca infancia”. El parámetro de conceptualización de este momento es clásico y modélico: jugar, ir a la escuela y vivir en familia.

La infancia perdida (y sus consecuencias)

“A los chicos de mi hermano los veo muy deteriorados, como criaturas. Por ahí los veo perder mucho la infancia”, reflexionaba Mirta. No dejaban de ser chicos, según señalaba, pero algunos modos de serlo parecían atentar contra esa preciada edad y la responsabilidad de que ello ocurriera recaía en buena medida en sus padres, y principalmente en las madres. “Estar con los chicos”, pasar tiempo con ellos, “ocuparse” era uno de los elementos que hacían posible la infancia. Dejarlos solos era una de las críticas más fuertes que hacían unas madres a otras y esto en ocasiones asociado a que en su ausencia, eran los hermanos mayores, también niños o adolescentes los que asumían las responsabilidades sobre el hogar y los menores.

La falta de atención a los hijos que unos vecinos criticaban de otros se relacionaba también a las necesidades de alimento, vestimenta y calzado que quedaban para ellos insatisfechas. La opinión de Mirta crecía en desaprobación, explicitando las responsabilidades que a su entender, cabían a los adultos respecto a sus niños para que “no pierdan la infancia”.

Y vos decís, si son ellos (los padres) los que tienen que estar pasando necesidad, y pasando vergüenza, porque, vos decís, uno se cría con esa vergüenza, de decir, estar pidiéndole a uno, estar pidiéndole a otro (Mirta, 31 años).

Relator y protagonista eran posicionados en ese espacio moral que se iba haciendo explícito mientras configuraban y ponían en acto sus concepciones de infancia. Lo correcto se fundía con lo deseable en comentarios que al juzgar, ponían de manifiesto anhelos presentes, o presentables a otro.

Las responsabilidades sobre las trayectorias “incorrectas”, que podían seguir algunos jóvenes recaían en los adultos. Que “la madre no le dé bolilla”, es decir que no preste atención a su hijo, que no se ocupe de su cuidado, de sus necesidades, ni le ponga límites llevaba a que los chicos crecieran “a la que te criaste”, sin haber vivido una infancia. De este modo, los temores sobre aquello que se esperaba no les ocurriera a los niños, también anticipaba lo que no querían que fueran consecuencias para la juventud.

Infancia como edad de “hacer travesuras”

El punto ahora es trabajar sobre la distinción que se produce en las representaciones sobre ciertas prácticas de desorden, desobediencia o transgresión, entre aquellas que son colocadas dentro de los parámetros de “la infancia” –sería el caso de las travesuras–, y aquellas otras prácticas que habilitaban a marcar que se “agarró el mal camino”.

Los relatos van señalando puntos de inflexión que distinguen a los niños:
no son chicos malos, son chicos traviesos como todos, obvio, por ahí lo retás porque hacen alguna travesura pero son chicos. Después, no... adolescentes, por ahí hay algunos que otros que están... van encaminados, por ahí hay otros que ves... (Mirta, 31 años).

Advertimos que en clave de “travesuras”, se minimizan los comportamientos que se consideran inadecuados entre los niños. Conceptualizarlos de este modo, los integra al ámbito de lo lúdico, en donde el juego, este sí considerado propio de la infancia, justifica las conductas desde el repertorio de prácticas posibles para los niños. Cierta ingenuidad o falta de conciencia se entremezclan en las prácticas al ser nombradas de este modo y al hacerlo se desprende del componente de intencionalidad maliciosa (que sí es aplicado a las prácticas de personas más grandes).

Las dificultades de pensar la “maldad” o comportamientos “inadecuados” en relación a la infancia se desvanecían cuando se trataba de adolescentes y jóvenes: “Ya los chicos, como es, pasan a otras etapas, ahí no te digo todos son buenos, hay algunos que agarraron el mal camino”. Ya no se trataba de que otros velaran por ellos, en este caso habrían optado “por agarrar el mal camino”.

Fumar, estar en la esquina, no regresar a sus casas al anochecer, irse lejos, “andar por ahí” sin rumbo aparente, eran algunas de las prácticas que no integraban el repertorio apropiado o deseable para quienes transitaban la infancia. Si alguna de estas era desarrollada por quienes según su edad eran considerados niños, esto llamaba la atención, causaba alarma y eran cuestionadas. Junto al hecho de asumir responsabilidades que señalamos anteriormente, todas estas prácticas tensionaban el estatus infantil.

Interesa reponer algunas reflexiones que emergen del análisis de las representaciones sistematizadas. En principio reparamos en que los discursos en su mayoría,

coinciden en señalar un “deber ser” de la infancia forjando un modelo ideal que se vuelve marco de lectura de este momento vital. Esta infancia ideal se figuraba a partir del juego, la institución escolar y vivir en familia. Donde la familia, lugar privilegiado de cuidados, debía asegurar que este período de la vida sea “contenido” en condiciones económicas, de higiene, salud y afecto adecuadas, en un hogar del que los adultos debían responsabilizarse. Donde padres y madres resguardaran una infancia donde prime lo lúdico, la alegría y la ausencia de preocupaciones y responsabilidades salvo ir a la escuela para asegurar la educación, entendida como medio de ascenso social.

En función de ese ideal se evaluaba en qué medida las experiencias pretéritas y actuales de los niños en contextos de pobreza se vivían “sin infancia”, “con poca infancia” o con infancia de a ratos. También se advertía sobre la posibilidad de “perder la infancia” y “agarrar el mal camino” cuando ese modelo no pudiera sostenerse y los niños no fueran debidamente atendidos o cuidados. Pudimos identificar esas ideas en las estrategias discursivas de llamar “travesuras” a comportamientos inadecuados de los niños para integrar esas prácticas al repertorio de las posibles para esta etapa de la vida.

Reparar en las representaciones de infancia que surgen en occidente con la modernidad²⁶ otorga una profundidad histórica –y social– a los sentidos subyacentes, al tiempo que deja entrever lo arraigado y hegemónico de su contenido. Entendemos que el modelo de infancia que se figura en estas representaciones encuentra sus bases en esos procesos –aunque no se agoten allí–. El reconocimiento de la infancia como etapa diferenciada de la vida y la construcción de hegemonía en torno a una forma de transitarla fue forjándose desde entonces modelando cómo los niños “deben” vivir.

Desde este modelo se configura un espacio moral en torno a la infancia que da lugar a sentimientos de orgullo cuando los niños “viven bien” y se registra una aproximación a ese modelo ideal que amalgamaba lo correcto con lo deseable. De lo contrario, que las experiencias infantiles se alejen de ese parámetro de normalidad daba lugar a juzgamientos que recaían sobre los adultos. De este modo la adultez es definida en esta relación y son las familias, madres (mayormente) y padres en quienes recae la responsabilidad de la infancia “normal” de sus niños. Puesto en acto, este ideal que atraviesa muchas de las representaciones identificadas, tiene el efecto de negar como infancia ciertas experiencias de niñez de algunos habitantes del barrio, al tiempo que opaca otros sentidos.

Nos detendremos un instante en una última representación que si bien menos visible, y en ocasiones tensionando las anteriores, integraba el abanico de sentidos que habilitaba la infancia.

Infancias en presente

Observamos en algunas relaciones entre adultos y niños un reconocimiento de los segundos como actores sociales en el día a día. Mirta, en su cotidiana maternidad de 9 hijos ponía en práctica esa temporalidad cuando respetaba algunas decisiones de sus hijos aunque ella anhelara lo contrario. Criar a los niños pensando en los adultos que serían, no implicaba desconsiderar a las personas que eran en el pre-

sente al tener en cuenta y respetar a menudo sus deseos y decisiones. Reflexionando al respecto la mujer mencionaba:

Por eso, el día de mañana van a ser lo que sean, si vos le ponés los límites y sabes explicar los límites porque son. Si vos le ponés un límite porque está jugando y no le dejás jugar porque está jugando y se está ensuciando, eso no es un límite... para vos es un límite, no para ellos (Mirta, 31 años).

Mirta reconocía un lugar particular para los niños, identificaba que los sentidos otorgados por ella a la limpieza muy probablemente no fueran compartidos por sus hijos y por eso debía “explicarles”. Reconocía de este modo una posibilidad de entendimiento que implicaba entablar diálogos e intercambios. No en una relación de igualdad, ya que la autoridad adulta y materna se ejercía poniendo límites, sin embargo el modo de establecerlos implicaba –al menos en un principio– negociaciones y explicaciones porque los niños, a quienes se “guía” hacia el futuro, eran pensados como personas.

Observamos también una consideración de las preferencias de los chicos que aunque en ocasiones permanecían como incógnitas para los adultos ello no implicaba un desmerecimiento ni interposición en sus actividades. En sentido semejante advertimos el reconocimiento de que hay “cosas de los chicos” es decir, espacios, intereses, relaciones propias e independientes de las que los adultos decidían no participar.

La espacialidad de los niños del barrio, que mayormente se vivía sin la compañía adulta llevaba a que en las relaciones que se generaban, ellos se posicionaran y fueran posicionados a menudo como interlocutores válidos. Los encuentros en el espacio público con jóvenes y adultos con quienes surgían conversaciones espontáneas daban cuenta de esto y la “amistad” entre niños y adultos se presentaba como una forma posible de relación.

Para los chicos ellos eran niños “a secas”. Y eso implicaba ser más grandes o más chicos que otras personas, así como experimentar el lugar social disponible para el momento de la vida que transitaban. Este lugar se configuraba en relación y tensión con esta matriz de representaciones que participaba del procesamiento social de las edades, (ni particular, ni acotado al barrio) y que en su cotidianeidad se ponía de manifiesto en los permisos o prohibiciones y en la formulación de lo que debían hacer y cómo, en los distintos ámbitos por los que transitaban; así como en lo que efectivamente hacían, deseaban o los enojaba, y que no necesariamente respondía a lo preestablecido para ellos como niños. En ese margen de posibilidades nunca completamente predeterminado se jugaba su infancia.

6. Epílogo

En el recorrido del artículo hemos presentado en primer lugar una clasificación social de las edades tal como son definidas en el barrio El Mate, para en un segundo momento hacer foco en uno de los grados de edad que allí se reconocen: la infancia. Nos abocamos a su análisis principalmente a partir de los sentidos que atraviesan y habilitan unas maneras concretas de ser niñas y niños. Todo esto desde la convicción de que pensar las infancias y producir conocimiento sobre la experiencia infantil re-

quiere de análisis situados y relacionales en al menos dos sentidos. Por un lado en lo que respecta al procesamiento de las edades en que se habilita un espacio social para la infancia, y por otro lado –en tanto otro modo de abordar la misma cuestión– en las prácticas, sentimientos, relaciones y representaciones posibles de articularse a partir de esa configuración, a la que nunca se reducen.

Advertimos que lejos de abordar cada grupo de edad de manera aislada, lo que presentaría una imagen distorsionada, mostramos que el lugar que se ocupa en cada momento a lo largo de la vida se construye en relación a otros (pares, mayores o menores) y que además el uso y adscripción a una categoría etaria es situacional. Reafirmamos así que la edad se experimenta en un contexto de significados compartidos que la delimitan, pero no se reduce a, ni es efecto de ellos. Por eso referimos a la edad como una experiencia: vivida en un espacio y tiempo²⁷.

Más allá de dar cuenta de rasgos que describiesen cada etapa vital, resultó esclarecedor enfocar las relaciones y los lugares ocupados por unas personas respecto de otras donde se ponía en evidencia la performatividad de la edad, la “puesta en escena” desarrollada en el encuentro con otros. Y donde pudimos advertir que el tránsito por los grados etarios implicaba cambios en las posiciones relativas y en los vínculos entre pares y con quienes eran menores y mayores.

Quiénes eran niños y qué implicaba serlo lejos de ser pre-supuestos fueron preguntas de partida de nuestra investigación. Desde el barrio y los modos de habitarlo analizamos cómo era el procesamiento sociocultural de las edades y reconstruimos la lógica de clasificación etaria que permitió interpretar el lugar social de la infancia en ese contexto.

Vimos que la lógica segmentaria opera en la clasificación de las personas y delimita la infancia en relación con momentos posteriores: la adolescencia y juventud, y la adultez. Y ello no sólo en tanto se modela desde una lógica gradual y consecutiva de ordenamiento de las edades, sino también porque muchas de las representaciones compartidas en torno a la infancia, entre ellas las que desarrollamos en este artículo, se construyen desde estos vínculos.

Como analizamos a partir de las representaciones sistematizadas, en buena medida las concepciones de infancia en que crecieron los niños fueron de carácter normativo. Esas representaciones movilizaban el trabajo desde las instituciones cuando ante sus estudiantes, pacientes o los chicos que iban a la ONG, los trabajadores manifestaban la necesidad de “hacer algo” para que los chicos “tengan infancia”. Los padres y madres por su parte, decían “enojarse” cuando veían que sus hijos “no vivían bien”. En ambos casos, los adultos reconocían las distancias entre sus anhelos e ideales y “lo que hay” que era vivido a menudo con malestar, incomodidad, desilusión y a veces resignación. En esos desencuentros en que los modelos no daban cuenta de las infancias de “sus” niños se forjaban representaciones que venían a resolver las tensiones. Adjetivar el sustantivo (hablando de una niñez “dura” o “cortita”), agregar una aclaración que describiera lo “particular” de esas “otras” infancias, o llamar “travesuras” a aquellas acciones evaluadas como “impropias” o “inadecuadas” de los niños eran estrategias que “salvaban” las distancias entre las vidas concretas de los niños y la infancia ideal desde la que muchas veces se los miraba.

En este abanico de representaciones en tensión se albergan otros sentidos que

reconocen a los niños como actores sociales en el presente, con opiniones, deseos e intereses que han de ser tenidos en cuenta. Desde esta concepción se figuran otros modos de relación posible entre niños y quienes son mayores, que al considerarlos como interlocutores válidos pueden entablar con ellos relaciones de “amistad”. La posibilidad de asignar responsabilidades a los niños y brindarles espacios de autonomía e independencia se presenta como elemento de relevancia al modelar la cotidianidad de los chicos y su sociabilidad tensionando muchas veces lo esperable y adecuado desde otras representaciones.

Las infancias de los niños se producían en esas tensiones entre representaciones, prácticas institucionales y formas de organización doméstica que en la relación, también modelaba el lugar de quienes no eran niños. Evidenciar esta trama nos habilita una última reflexión en torno a la centralidad con que se mira a los niños cuando se habla de sus infancias. Quedan ocultos allí, justamente, las personas de distintas edades que las hacen posibles y en esa invisibilización se desconsideran también las condiciones laborales y de vida que, como en este caso, las posicionan en lugares de desventaja (Fonseca y Cardarello, 1999).

Así como difícilmente podemos analizar el lugar social de la infancia en un contexto particular si no ahondamos en los modos en que la edad es procesada socialmente y reconstruimos las lógicas de clasificación etaria. Igualmente distante permanecerá la posibilidad de avanzar en el conocimiento de los mecanismos de producción y reproducción de las múltiples posiciones de desigualdad negativa que habitan los niños y niñas si no se integran al análisis las múltiples relaciones donde se articulan sus experiencias infantiles.

Recibido el 31/10/2017. Aceptado el 17/07/2018.

* *María Celeste Hernández* es Doctora en Antropología Social. Docente investigadora de la Facultad de Trabajo Social, Universidad Nacional de La Plata e integrante del Laboratorio de Estudios en Cultura y Sociedad (LECyS) de la misma casa de estudios. mcelestehernandez@gmail.com

Notas

¹ El nombre del barrio, así como los de las personas, organizaciones e instituciones con quienes se desarrolló esta investigación fueron modificados. Su reemplazo por nombres ficticios busca preservar su identidad, lo cual fue parte de los acuerdos establecidos.

² Los números entre paréntesis tras los nombres aluden a la edad biológica-cronológica de la persona. Los motivos de esta decisión residen en ubicar a los lectores. Esto requiere, sin embargo, una disquisición. Se coloca la edad como dato que pueda servir para un ejercicio comparativo con las concepciones hegemónicas sobre los grados de edad

que puedan atravesar al lector. Como analizamos en otra oportunidad (Hecht et. al., 2009) y contribuimos a problematizar en este trabajo, no hay correspondencia universal entre este dato de paso del tiempo medido en años calendarios y la biología, y las experiencias de la edad o los modos en que esta es procesada socialmente.

³ Usaremos en algunos casos el genérico masculino “niños” para referir a les niñas sin que ello desconozca las preocupaciones vinculadas a las cuestiones de género. Cuando las diferencias emergen con relevancia, ello es abordado explícitamente y se indica em-

pleando las palabras “niños” y niñas”. Es principalmente de manera dicotómica (femenino/ masculino) como esta dimensión se manifiesta evidenciando un ordenamiento hegemónico que es binario.

⁴ Se adopta como formato de estilo las comillas para señalar palabras textuales registradas en el marco de entrevistas o conversaciones informales.

⁵ Hacemos referencia aquí al conjunto de personas con quienes se realizó la investigación.

⁶ Aludimos a la investigación que forjó la tesis Doctoral en Antropología Social “Crecer en la ciudad: usos y representaciones del espacio urbano entre niños y niñas de La Plata (Provincia de Buenos Aires, Argentina)”. Esta contó con el financiamiento de CONICET (Becas doctorales Tipo I y II) y fue realizada entre los años 2009 y 2016.

⁷ Entendemos la etnografía en tanto método, experiencia y texto (Guber, 2001, 2008). Como método, posibilita indagar, de manera situada y relacional, las prácticas y sentidos desde la perspectiva de los actores sociales. En tanto experiencia, alude al necesario encuentro entre el/la investigador/a y sus interlocutores, y las vivencias de ambos a partir de esa relación particular del hacer etnográfico. Como texto, refiere al relato que reproduce y produce la experiencia etnográfica generando conocimiento. Se trata de un saber que no es ni la explicación nativa, ni el esquema teórico inicial del/la pesquisador/a, sino un “nuevo arreglo” que tiene como referente lo “concreto vivido” (Magnani, 2002:17).

⁸ Con *grado de edad* aludimos a las divisiones del curso de la vida por las que pasa un individuo hasta su vejez, mientras *grupo de edad* refiere a un conjunto reconocido de personas que tienen una misma edad. *Grado, clase o categoría de edad* ubican socialmente a las personas en función de su edad social, y han de ser definidas identificando los “criterios específicos de diferenciación etaria que despliega cada colectivo social” (Gentile, 2014: 34). Kropff alude “al grado de edad como el lugar de la interpelación en tanto inscripción material de subjetividades hegemónicamente definidas” (Kropff, 2011: 178).

⁹ La ciudad de La Plata es la capital política y administrativa de la Provincia de Buenos Aires, y se sitúa a 54 km de la capital nacional Argentina. Su trama urbana fue planificada y la ciudad se fundó en 1882. Prácticamente a la par de la construcción de la ciudad comenzaron los procesos de suburbanización con la consecuente expansión de la mancha urbana. La fisonomía de La Plata se modificó sin respetar las características pautadas en el plano que le dio origen con sus parámetros de orden y equilibrio (Garnier, 1992). La imagen de la urbe que se impone en la publicidad oficial y entre muchos de sus habitantes alude sin embargo, a la cuadrícula cruzada por diagonales de su pasado inaugural, invisibilizando la periferia que aloja paradójicamente a dos tercios de su población (Segura, 2010).

¹⁰ Los últimos datos disponibles para el Centro Comunal Villa Elvira son los elaborados por la entonces Dirección de Estadística de la Municipalidad de La Plata a partir del Censo Nacional de Población, Hogares y Vivienda 2001. Aunque estos datos se encuentran desactualizados, permiten alcanzar una visión panorámica del distrito.

¹¹ Considerando como indicador las Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI) es posible señalar que de un total de 16.418 hogares en la delegación, 13.955 no presentaban NBI, mientras que estas aparecían en 2.464. En términos porcentuales se calcula que había necesidades insatisfechas en el 17,1% de su población, cifra que se encontraba por encima del promedio del partido (12,8%), y que en el Casco descendía a 2,1%.

¹² Habitar, como categoría analítica, se retomó del trabajo de Michel de Certeau (2000) quien profundiza en la noción de espacio como una construcción social que condiciona las relaciones entre sus *usuarios*, al tiempo que son sus acciones y relaciones las que lo crean. En diálogo con esta perspectiva nuestra investigación doctoral profundizó en el análisis de los modos en que la espacialidad de las personas modela, y se moldea desde, la posición ocupada en el espacio social.

¹³ La centralidad del barrio en la vida de niños y jóvenes pobres, hacen de él un espa-

cio denso de relaciones como trabajamos en otro escrito (Hernández et. al 2015).

¹⁴ El trabajo de campo de esta investigación se realizó entre 2008 y 2013. La observación participante fue la principal técnica de construcción de datos y se llevó adelante en espacios que emergieron como relevantes a partir de la espacialidad de los niños. También se realizaron entrevistas individuales, grupales y con fotografías tanto con adultos como con niños. Los mapeos, recorridos territoriales y dibujos fueron de particular importancia junto con el uso de cámaras fotográficas y el grabador de voz, herramientas de las que los niños se apropiaron y cuyos registros habilitaron subsiguientes diálogos e intercambios.

¹⁵ En esta zona de la ciudad se ubica una ONG que trabaja en La Plata hace más de 25 años con el objetivo de mejorar las condiciones de vida de niñas, niños, adolescentes y jóvenes y las de sus familias. Esta integra el Sistema de Promoción y Protección Integral de los Derechos de los Niños que articula el Organismo Provincial de la Niñez y Adolescencia de la Provincia de Buenos Aires en la implementación de la Ley Provincial 13.298

Las “Casas” como suelen llamarse a los centros de día que se encuentran en El Mate, distan entre sí por algunas cuadras y en tanto se constituyeron en nodos de la espacialidad infantil formaron parte de esta investigación. La primera de ellas, La “Casita de los bebés”, está destinada a niños desde su nacimiento hasta los 5 años de edad. La “Casita de los niños” es donde van los que tienen entre 5 y 12 años, y la “Casa joven” es donde participan adolescentes y jóvenes a partir de los 13 y hasta los 18 años. A los tres centros se asiste algunas horas diarias, allí se realizan actividades de recreación y educativas, se recibe alimentación y asistencia para la resolución de distintas cuestiones (trámites vinculados a la educación, atención de salud, documentación, entre otros). Los espacios institucionales poseen uno o dos coordinadores y “educadores”, como se refiere a los adultos que trabajan con los chicos diariamente en estos espacios.

¹⁶ El “egreso” alude a la finalización de las

trayectorias previstas para los chicos en cada uno de los centros de día de la ONG que a su vez son vistos como consecutivos.

¹⁷ Este sistema, como sugiere Laura Kropff, habilita una estructura de interacción etaria, donde las categorías auto y alter descriptivas (infancia, juventud, adultez, etc.) enmarcan a su vez las relaciones, inscribiéndolas en la trama social en clave etaria. “La alteridad refiere a una relación de subalternidad que está justificada en la diferencia y que implica asimetría” (Kropff, 2011:174), señala la autora visibilizando las lógicas de poder que lo atraviesan.

¹⁸ Las categorías etarias se abordaron en mayor profundidad en otros escritos (Ver Hernández 2016)

¹⁹ En la zona existen instituciones correspondientes a los niveles educativos inicial, primario, secundario y adultos. Todos ellos de gestión estatal y gratuitos.

²⁰ En ocasiones, dando cuenta de su significado situado y por tanto cambiante, la distinción entre nenes y niños se volvía difusa cuando la categoría “niño” se utilizaba para aludir a todas las personas que aún no eran “adolescentes” o “jóvenes” y por tanto se encontraban transitando la infancia.

²¹ “Callejear” o “andar por ahí” caracterizaba la espacialidad de los niños que vivían en condiciones de pobreza en el barrio y refiere a su presencia en el espacio público próximo a sus hogares. Esta práctica tenía restricciones geográficas y temporales para los niños y estaba estrechamente asociado a las relaciones entre vecinos que daba lugar a un cuidado del que “todos” participaban (Hernández, 2016).

²² Como profundizamos en un trabajo de nuestra autoría (Hernández et. al. 2015), si bien muchos jóvenes reconocían en estos eventos puntos de inflexión en sus vidas, ello no necesariamente implicaba un abandono de las prácticas o sociabilidades juveniles.

²³ Difícilmente se emplee este adjetivo para las personas de esas edades pertenecientes a otros sectores sociales donde el promedio de vida se aproxima a los 80 años y su desarrollo tiene lugar en condiciones de mayor protección y atenciones. En su tesis

doctoral Florencia Bravo Almonacid analiza diferencias sociales en el proceso de envejecimiento advirtiendo que “la población en situación de pobreza presenta rasgos característicos de una transición demográfica rezagada, con altos índices de fecundidad y mortalidad a edades tempranas” (2014: 33).

²⁴ Florencia Gentile (2014) brinda una sintética y esclarecedora sistematización de las propuestas analíticas elaboradas por las ciencias sociales para abordar el curso de la vida. Tanto aquellas que vinculadas a la modernidad, han reflexionado en torno a la “cronologización” e “institucionalización” de las edades, como reparando en otras conceptualizaciones que resultan más adecuadas para abordar recorridos “flexibles y reversibles”.

²⁵ Ver Hernández 2016 para un abordaje en extenso del repertorio de representaciones emergentes en torno a la infancia.

²⁶ No ahondaremos aquí en la historia de

la infancia y el proceso de su institucionalización que han sido ampliamente estudiados desde las ciencias sociales. Podemos citar entre otros, los trabajos clásicos de Airès (1987) Donzelot (1990 [1977]), Varela (1986) y Gelis (1990), junto a otros capítulos que integran las colección *Historia de la vida privada*, dirigida por el primero de los autores junto a George Duby (1990).

²⁷ Retomamos aquí las discusiones elaboradas por Ramiro Segura (2010). La experiencia, reflexiona el autor, “... es el resultado de algo que se vive o se atraviesa, de la constante vinculación entre lo articulado y lo vivido (...). Experiencia remite a los modos (eventualmente diferenciales) de ver, hacer y sentir (en nuestro caso, la ciudad y la vida en la ciudad) por parte de actores situados social y espacialmente, por el modo en que en sus vidas cotidianas se vinculan lo articulado y lo vivido (Segura, 2010: 24).

Bibliografía

Ariès, P. (1987) [1973] *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*. Madrid: Taurus.

Artiñano, N. (2015) *Masculinidades incómodas. Jóvenes, género y pobreza*. Buenos Aires: Espacio.

Bourdieu, P. (1999) [1993] “Efectos de lugar”. En P. Bourdieu: *La miseria del mundo*. Barcelona: Akal.

De Certeau, M. (2000) [1990] *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana.

Bravo Almonacid, F. (2014) *Envejecer en la pobreza: prácticas y representaciones de personas mayores tendientes a su reproducción cotidiana en ámbitos domésticos y extradomésticos*. (Tesis doctoral inédita). Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP, La Plata.

Briones, C. (2007) “Teorías performativas de la identidad y performatividad de las teorías”. *Tabula Rasa*, 6, pp. 55-83.

Chaves, M. (2010) *Jóvenes, territorios y complicidades. Una antropología de la juventud urbana*. Buenos Aires: Espacio.

Diker, G. (2009) ¿Qué hay de nuevo en las

nuevas infancias?. Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento; Buenos Aires: Biblioteca Nacional.

Donzelot, J. (1990) [1977] *La policía de las familias*. Valencia: Editorial Pre-textos.

Feixa, C. (1998) *De jóvenes, bandas y tribus (Antropología de la juventud)*. Barcelona: Ariel.

Fonseca C. (2004) *Família, fofoca e honra: etnografia de relações de gênero e violência em grupos populares*. Porto Alegre: Editora da UFRGS.

Fonseca, C. y Cardarello, A. (1999) “Derechos de los más y menos humanos”, *Horizontes Antropológicos*, Año 5, 10, pp. 83-122.

Garnier, A. (1992) *El cuadrado roto. Sueños y realidades de La Plata*. Municipalidad de La Plata.

Gélis, J. (1990) “La individualización del niño”. En: Ariès, P. y Duby, G. (Dir.) *Historia de la vida privada*, Tomo 4, pp. 311-329. Madrid: Taurus.

Gentile, M. F. (2014) *La niñez en los márgenes, los márgenes de la niñez. Experiencias callejeras, clasificaciones etarias e instituciones de*

inclusión en niños/as y jóvenes del AMBA. (Tesis Doctoral inédita). Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Buenos Aires.

Guber, R. (2001) *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Norma.

Guber, R. (2008) [1991] *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires: Paidós.

Hecht A. C., Szulc A., Hernández M. C., Leavy P., Varela M., Veron L., Finchelstein I., Hellemeier M., Tangredi I. y Enriz N. (2009) "Niñez y Etnografía: debates contemporáneos". VIII RAM. Buenos Aires.

Hernández, M. C. (2016) *Crece en la ciudad: Usos y representaciones del espacio urbano entre niños y niñas de La Plata (Provincia de Buenos Aires, Argentina)*. Tesis de Doctorado en Antropología Social. IDAES-Universidad Nacional de San Martín. Buenos Aires. Inédita.

Hernández, M. C. (2017) "El espacio y otras desigualdades: experiencias de infancia en "el B.M." (La Plata, Buenos Aires)". IX Jornadas de Sociología UNGS. Buenos Aires.

Hernández M. C., Cingolani J. y Chaves M. (2015) "Espacios con edades: el barrio y la pobreza desde los niños/as y jóvenes". En: Chaves M. y Segura R. (Eds.) *Hacerse un lugar*. (pp. 123-146). Buenos Aires: Biblos.

Kropff, L. (2011) "Apuntes conceptuales para una antropología de la edad", *Avá, Revista de Antropología*, 16, pp. 171-187.

Magnani, G. J. (2002) "De perto e de dentro: notas para uma etnografia urbana", *Revista Brasileira de Ciencias Sociais*, Vol 17, 49, pp. 11-29.

Morgade, G. (2001) *Aprender a ser mujer, aprender a ser varón*. Buenos Aires: Novedades educativas

Szulc, A. (2006) "Antropología y Niñez: de la omisión a las 'culturas infantiles'". En Wilde, G. y Schamber P. (Comp.) *Cultura, comunidades y procesos urbanos contemporáneos*. Buenos Aires: Editorial SB.

Varela, J. (1986) "Aproximación genealógica a la moderna percepción social de los niños", *Revista de Educación*, Madrid, 281, pp. 155-175.